

LITERATURA AL DIA

Me sucede lo contrario que á otros, y es que á medida que voy entrando en años, me va hastiando más y más cada vez la prensa llamada informativa. Cada día aborrezco más las noticias y sobre todo eso que llaman actualidad. No me convence eso de mirar un gran cuadro á un decímetro de distancia, ni eso de saber fragmentariamente y como por granos un desarrollo histórico.

Apenas empezó la guerra ruso-japonesa renuncié á seguir su curso, diciéndome: «cuando concluya, no faltará quien me la cuente ordenada y orgánicamente», y me puse á leer una historia de la guerra del Transvaal. Que si Gapony está aquí, que si está allí, que si lo apresaron, que si se escapó... Dentro de un año—me dije—sabremos dónde está hoy.

Le voy cobrando verdadero asco al telégrafo, que comete más atropellos que los automóviles. Se sacrifica todo á la velocidad, y por el empeño de querer saber cuanto antes las cosas, las sabemos mal. En vez de mostrarnos los sucesos del día *sub specie aeternitatis*, en lo que tienen de permanente, nos enseñan las cosas más permanentes *sub specie momentis*, como meros sucesos. Y así se acaba por perder la noción de la perspectiva moral de la vida. Recibimos en montón, á granel, bajo los mismos títulos, noticias de los más diversos procesos sociales, sin que hayan pasado por criba alguna.

Nada me descomponne más que la sección telegráfica de un gran diario de información; aquello no son *noticias*, ni menos *informaciones*, en el verdadero sentido de estas palabras; no son sino la primera materia para elaborarias.

Comprendo el desdén que Enrique David Thoreau sentía hacia la prensa diaria y aquella su ocurrencia de que se comprometía á redactar un número con año de anticipación, sin más que dejar los huecos para los nombres y fechas.

Nunca he podido resistir la lectura de una novela por entregas, y el «se continuará» me descomponne siempre. Espero á que una obra se termine para leerla interrumpiendo la lectura donde me plazca ó las vicisitudes de mi vida cotidiana me lo indiquen y no donde el ajuste del periódico me lo imponga.

Hay quien ha sostenido que la extensión y predominio que la prensa alcanza, es parte la más principal á darnos una visión cinematográfica é inorgánica del mundo y de la vida, y una de las causas de lo difícil que hoy se hace cobrar concepciones unitarias y de conjunto. Lo cierto es que se desempeñan muy mal en el periodismo cuantos se han educado en rígido disciplinarismo escolástico, siendo esta una de las razones por las que no logran nunca hacer un buen periódico—un periódico que lo sea—los doctrinarios del catolicismo. No es raro ver en los periódicos que se llaman á sí mismos católicos ó de la buena prensa, artículos encabezados con un XIV ó XX ó XXX, es decir, todo un libro publicado en capítulos cortos, uno por día. Y esto es un bien, después de todo.

Y aun queda otro aspecto del asunto, y es la especial educación que los escritores que tienen que vivir de la pluma, adquieren de la necesidad de tener que escribir en periódicos. Porque es sabido que á excepción de tres ó cuatro—sí es que á tal número llegan—no hay quien saque de un libro lo que sacaría de igual número de escritos repartido entre artículos de periódicos, semanarios y revistas. Y así, en vez de recogerse uno y meditar sus propias concepciones y las ideas que aprenda de otros, y organizarlas y tramar una obra orgánica y completa, se apresura á echar fuera lo que se le vaya ocurriendo. Y hasta los libros suelen hacer el efecto de ser colecciones de artículos de periódico.

En España por lo menos no se ha cumplido la diferenciación entre el periodista, el publicista y el autor de libros ó obras de cierta extensión. El que hace libros y hace á la vez artículos cuando se le ocurre ó aprende un concepto ó una imagen que juzga ser de alguna valía, se ve en el

trance ambiguo de decirse para sí mismo: «lástima es soltarlo en el primer artículo que se irá con el viento del día, lástima darlo suelto, desgranado, como nota aislada, pero, si lo reservo para una obra extensa, si intento darle mayor permanencia engarzándolo en un vasto conjun-

to, si lo quiero armonizar en una sinfonía, corro el riesgo de que se pierda también, aunque de otro modo.» Y se presenta la cuestión de si ha de preferir el escritor la extensión á la duración, el que le lean en un día dado diez, veinte ó treinta mil personas, á ser leído durante largo número de años por un número mucho menor de personas escogidas.

Este conflicto, que un amigo mío muy dado á ingeniosidades llama el conflicto del tiempo con el espacio, añadiendo que si se pierde tiempo en recorrer espacio, también se pierde espacio en pasar el tiempo, este conflicto, digo, se le presenta á todo escritor. Y los más lo resolverían ateniéndose á aquel aforismo de Gounod, de que «la posteridad es una superposición de minorías» si no fuera por el lado económico del asunto. «El buen paño en el arca se vende», decían nuestros abuelos, pero es que nuestros abuelos no tenían muy clara noción del valor económico del tiempo ni conocían la filosofía del descuento, y así pasaban por alto el que mientras el pañero espera á que se enteren los consumidores de la bondad del paño que vende, se muere de hambre. Importa tanto vender pronto como vender bien.

Y este terrible factor del tiempo, esta necesidad de vender al día, es lo que da á la prensa su especial carácter y lo que nos la hace poco atractiva á los que no nos resignamos á vivir al día.

He conocido un hombre que en su afán por estar al tanto de la producción literaria, en su empeño por vivir literariamente al día, dejó de leer libros para leer revistas de ellos, luego leyó revistas de revistas, y acabó por no leer más que catálogos. Y se ha curado de ello volviendo á los libros, pero á los libros permanentes y universales, á las obras clásicas. La última vez que le vi le encontré leyendo á Shakespeare y disponiéndose á leer al Dante. En cambio, entre nosotros al menos, es rarísimo el que posee alguna educación clásica, las más de las personas que pasan por cultas no han leído á los grandes genios de las diversas literaturas. A Homero, Platón, Tucídides, Virgilio, Cicerón, Horacio, Dante, Tasso, Shakespeare, Milton, Racine, Pascal, Goethe, Schiller... etc., etc., no se les conoce sino de oídas, por referencias, citas sueltas, y estudios literarios. Es más frecuente encontrar quien haya leído trabajos críticos acerca de ellos; que quien los haya leído directamente. Y eso que no faltan traducciones.

Esto constituye un mal, sobre todo en un país como el nuestro en que no hay una segunda enseñanza que supla tal deficiencia. Los bachilleres no han leído durante el tiempo de su bachillerato ni siquiera los clásicos españoles; durante la carrera les absorben la atención y el tiempo los libros de texto—que á parte de su perversidad como obras doctrinales, suelen ser de lo más literario que se conoce—y luego de concluida reducen su lectura á poco más que los periódicos. Y estos no se cuidan de guiarles en ella. Como órganos de educación nacional suelen ser detestables. No hay en su composición principio de economía y reparto de materias; diluyen el suceso del día en un aluvión de minucias insignificantes y enojosas, y reducen á secas é inexpressivas noticias otros asuntos de interés más duradero y más hondo. A esto se nos replica diciéndonos que hay que satisfacer los gustos del público, pero me voy convenciendo de que nadie le conoce peor que sus cortesanos y solicitantes. Y en todo caso el público es una cosa muy compleja, que consta de mayoría y minorías y el que no busque sino halagar á aquella, desentendiéndose de estas, corre al fracaso. Y en nuestras publicaciones periódicas rara vez se tiene en cuenta á las minorías.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO SALALES